

Primero estaba el mar, México,



Primero estaba el mar,

México,

GONZÁLEZ, Tomás,

Primera edición: 1983, Universidad Autónoma de México, 1997.

Pese al número de obras publicadas y a los galardones obtenidos, el nombre de Tomás González resulta poco conocido en Colombia. Este autor antioqueño nacido en 1950, tras cursar algunos semestres de filosofía en la Universidad Nacional de Colombia, estuvo errante por Francia, Estados Unidos y regresó a Bogotá, donde en 1983 publicó su primera novela, *Primero estaba el mar*. Después vinieron *Para antes del olvido*, novela premiada por Plaza & Janés en 1987; en 1995, su libro de cuentos *Historia de El Rey del Honka-Monka* y en 1997, uno de poemas, *Manglares*. La publicación por primera vez en una editorial comercial la logró con *La historia de Horacio* en el año 2000, a la que se unió *Los caballitos del diablo* en el 2003. La primera traducción de una de sus novelas, *La historia de Horacio*, al alemán, se realizó sólo hasta el 2005.

Teniendo en cuenta este recorrido y su parentesco con el filósofo Fernando González¹ (1895-1964), tío del autor, causa extrañeza la escasa mención de su patronímico en el campo literario colombiano. Schultze-Kraft, atribuye tal situación a tres factores:

Primero, a que Tomás González es un personaje sumamente discreto, y hasta tímido, que se mantiene distante de los círculos literarios y no busca la bulla de la publicidad. Segundo, a que durante diecinueve años, de 1983 a 2002, ha vivido por fuera del país, en la Florida y Nueva York. Y tercero, a que su literatura no es espectacular, no es comercial; no se dedica primordialmente a los temas neocostumbristas de Colombia, a saber el miserabilismo, el narcotráfico, la sicaresca, la putarraña, la violencia de la guerrilla o de los paramilitares, sino que pretende descubrir el país a través de lo que hacen, lo que dicen, lo que son sus protagonistas, muchos de ellos miembros de su propia familia pequeñoburguesa².

Tal descubrimiento es evidente en su novela *Primero estaba el mar*. Si bien, en su escritura influyó de manera decisiva un hecho personal de la vida del autor; la muerte en Urabá de su hermano Juan, según lo relata en una entrevista, es claro que los elementos biográficos mencionados por González sobrepasan el ámbito anecdótico configurando en la novela una significación axiológica:

Mientras el dolor que una parte de mí sentía era a ratos casi insoportable, otra miraba los hechos en frío, como alguien que examina un árbol caído y calcula el tamaño del bote que podría sacársele. Y eso fue lo que hice: escribí *Primero estaba el mar*, y muchas veces mientras lo hacía se me ocurrió que estaba utilizando desvergonzadamente la muerte de mi hermano para hacer literatura. Pero así y todo seguí escribiéndola. Hoy pienso que fue un homenaje no sólo a él sino a todos nosotros, a los que estábamos jóvenes durante aquellos años del idealismo y el hippismo³.

Esta primera novela de Tomás González presenta con economía narrativa la historia: Elena y J, una pareja de jóvenes amantes situados en los años setenta, viajan desde Medellín hacia T, una finca de doscientas hectáreas que J adquirió en la selva de Urabá, frente al mar; J, hombre de 34 años que ha cursado estudios universitarios en ingeniería, y en Envigado ha vivido entre libros, droga y rock lleva a T además de la ropa, un baúl con libros; Elena, su concubina, lleva una máquina de coser; recuerdo de su primer matrimonio.

A menos de dos meses de su instalación en T, J viaja a Medellín por un dinero que había dejado a interés con un familiar; pero por una "quebra sospechosa", la plata se ha perdido, él sólo había separado trescientos mil pesos de su capital total, y es con lo que cuentan para sobrevivir en la finca. Con esta suma y un préstamo de doscientos mil pesos solicitados a un banquero colocan una tienda, con la que tienen inconvenientes, desde el surtido hasta los "fiados de aguardiente".

¹ Fernando González es una figura de gran renombre en el campo intelectual tanto colombiano como extranjero; escritor, abogado y diplomático; a sus veinte años perteneció al grupo de los Pánidas junto con escritores como León de Greiff y Ricardo Rendón. Se constituyó en un gran estímulo para los escritores del nadaísmo. Fue candidatizado por Jean Paul Sartre, Thornton Wilder y otros intelectuales para el premio Nobel en 1954, pero la Academia Colombiana de la Lengua se negó a prestar su respaldo. (Cfr. ALVARO PINEDA BOTERO, *Del mito a la posmodernidad. La novela colombiana de fines del siglo XX*, Bogotá, TM editores, 1990).

² PETER SCHULTZE-KRAFT, "Descubriendo a Tomás González" en *Revista Diners*, Vol. 42, No. 423, Bogotá, junio de 2005

³ Tomado de <http://www.rabodeaji.com/No-4/entrevista/entrevista1.htm>.

Continúa la serie de negocios que realizan en la finca: siembra de semilleros (mangos, piñas, naranjos); compra de un "magnífico" cebú reproductor (para J, un lujo de la naturaleza, para Elena, un gasto inútil) que permitiera aumentar la ganadería ante la falta de suerte con el ganado (desapariciones, muertes); explotación de madera (ceiba, roble, caracolí); compra de una nueva finca de quinientas hectáreas; contratación de los aserradores.

Paralelos a los conflictos originados con la producción de la finca, se fraguaban los de Elena con la gente de la región, especialmente con Mercedes, esposa de Gilberto, mayordomo de la finca, y quien era la encargada de la cocina. La mala relación entre Elena y Mercedes se desborda con la desaparición del anillo del primer matrimonio de Elena. Gilberto renuncia a su trabajo y con su familia se van del lugar. Ante la ausencia de Gilberto, hay un descontrol general en la finca, especialmente de los aserradores. Resulta entonces necesario contratar otro mayordomo: Octavio Sossa, quien con su esposa y cinco hijos se posesionan de las labores que antes desempeñaban Gilberto y Mercedes.

J y Elena se separan. Elena se devuelve a Envigado y después viaja a Isla Margarita. Octavio controla la producción de la finca y está al frente de todo, pero en la casa se descuida la comida y el aseo. J decide irse de la finca y despide a Octavio. Esto genera una discusión y Octavio, al sentirse humillado le propina a J con la escopeta dos disparos. J muere. Llegan a la finca un primo y un hermano de J para encargarse del entierro.

A partir de esta sinopsis se puede apreciar que *Primero estaba el mar* aborda el *topoi* de la colonización antioqueña. Sin embargo, no hace la representación de ese momento histórico desde la superioridad del colonizador blanco, mirada adoptada por otras novelas que, dentro del subcampo literario antioqueño, plantean el mismo tema⁴. Siendo así, esta obra de Tomás González cuestiona la idea de progreso y desarrollo que subyace en la tradición colonizadora antioqueña.

Tal cuestionamiento se percibe en el manejo temporal de la novela, en el que se vuelve a los orígenes, a la naturaleza. Es un tiempo cíclico, el tiempo del mito, el que aparece mediante el retorno de J al agua, a la fuente originaria: "El tiempo que había antes de nacer se ha unido al tiempo infinito que sobrevino con su muerte y ha formado un solo ser, sin arribas ni abajos, antes o después" (p.204).

La reiteración en el último apartado de la novela del paratexto de la mitología kogui con el que se da inicio a ésta recrea no sólo un tiempo eterno, sino un tiempo eterno en el que se conjugan eros y thánatos, el ente natural que aparece en la muerte es el mismo que está en los orígenes: "Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni gente, ni animales, ni plantas. El mar estaba en todas partes. El mar era la madre. La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era el espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria". El mar aparece aquí en su dimensión simbólica, como "primordial y supremo tragador [...] es el arquetipo del descenso y de retorno a las fuentes originales de la felicidad"⁵.

Además del manejo temporal, también la posición axiológica del protagonista cumple una función de resistencia al proceso de modernidad. La postura romántica de J toma algunos elementos del hippismo. Sabemos que J, un joven de origen burgués, se distancia de la sociedad banal de Envigado y de Medellín (representantes del desarrollo, del progreso, de la modernización) y se refugia en el mar, en Turbo (asociado aquí a lo premoderno, a la naturaleza, a los negros). Su objetivo inicial es vivir en la finca con un dinero que ha dejado a interés. Pero cuando ocurre la crisis, su identificación con los ideales del hippismo se fractura, la realidad lo atrapa y su posición deja de ser cuestionadora, hasta terminar "devorado" por aquello de lo que estaba escapando, el capitalismo. Su rebeldía social es pues, tímida y por tal motivo sus acciones no trascienden. Elena por el contrario, abandona de entrada el inconformismo que el hippismo significa. Ella ingresa en la sociedad de consumo. Su cuestionamiento de la sociedad es menor que el de J, y por eso mismo logra sobrevivir.

La ida al mar se constituye así en un escape a la racionalidad y, en términos de Cruz Kronfly⁶, al "afán de contemporaneidad" que se da en Envigado, en Medellín. La postura hedonista con que se representa a J, de legitimación de los placeres del cuerpo, donde lo importante es el trago, la yerba, la música, la comida, impera cuando se está lejos del mar, porque desde lo ocurrido en la finca lo que se percibe es la "idealización" de la naturaleza y el reconocimiento de instancias superiores: el mar como *locus amoenus*.

Sin embargo, y de modo paradójico, este viaje aunado a la separación de Elena, la contratación de Sossa y la presencia de lo accidental, constituyen signos ineluctables de la muerte de J. Este último elemento constituye un aspecto fundamental

⁴ Así por ejemplo, en la novela *Andógueda* (1946) del escritor Jesús Botero Restrepo que relata la historia de colonizadores antioqueños en la selva del Chocó, se hace una apología del colonizador antioqueño. La supremacía del blanco sobre el nativo es también planteada por Mario Escobar Velásquez en sus novelas *Un hombre llamado todoro* (1980) y *Marimonda* (1985). En la primera, un antioqueño maestro de escuela decide un día internarse en la región de Urabá para abrir una finca ganadera. En la segunda, se denuncia la acción devastadora e irracional del hombre en el proceso de colonización. (ÁLVARO PINEDA BOTERO, *Del mito a la posmodernidad*, Op. Cit, Capítulo 2: "Antioquia y Caldas, tradición y deslinde").

⁵ GILBERT DURAND, *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*, Madrid, Taurus, 1981, p. 214.

⁶ FERNANDO CRUZ KRONFLY, *La tierra que atardece*, Bogotá, Planeta colombiana editorial, 1998

Primeramente estaba el mar, México.

en la historia: se plantea la posibilidad de que las acciones de J y Elena salgan bien, se muestren satisfactorias, que su viaje al mar sea una opción tranquila de vida, pero, de modo accidental, la obra toma otro giro; el del fracaso.

En este punto es inevitable mencionar el diálogo que establece *Primeramente estaba el mar* con esa obra paradigmática de la narrativa colombiana, *La Vorágine*. Aunque el posicionamiento axiológico distancie estas dos novelas (en *La Vorágine* no se ofrece ninguna posibilidad de felicidad humana, mientras que en la obra de González ésta sí es posible, que no se dé, es cuestión de azar), comparten similares elementos en su estructura: movimiento pendular entre idealismo y fracaso, entre lo urbano (modernidad) y lo rural (premodernidad), iniciación con una huida y finalización con el triunfo de la naturaleza, idéntica configuración espaciotemporal (*topoi* del viaje).

Hasta aquí queda sustentado cómo esta primera obra de Tomás González retoma la tradición literaria y subvierte la idea de progreso y desarrollo asociada al proceso de colonización antioqueña. Un solo elemento resulta para mí objetable en *Primeramente estaba el mar*, la axiología del personaje femenino. Elena allí, sólo es mostrada como ser axiológico cuando está en relación con J, se ubica así en el mismo rol "parásito" de Alicia en *La vorágine*⁷. De hecho, tanto Elena como Alicia parasitan en el hogar a través de un mismo objeto, la máquina de coser.

María Isabel Reverón

Cirafía

⁷ En *La vorágine*, Alicia es presentada como dependiente del hombre. En *La Maporita*, se ve a una Alicia restringida al ámbito de la casa, enseñando modistería a la niña Griselda. Al respecto, el sueño que tiene Cova, muestra a la mujer como inútil: "<<¡Por qué me desangras?>>, suspiró una voz desfalleciente. <<Yo soy tu Alicia y me he convertido en una parásita>>" (JOSÉ EUSTASIO RIVERA, *La Vorágine*, Bogotá, Círculo de Lectores, 1984, p.40).